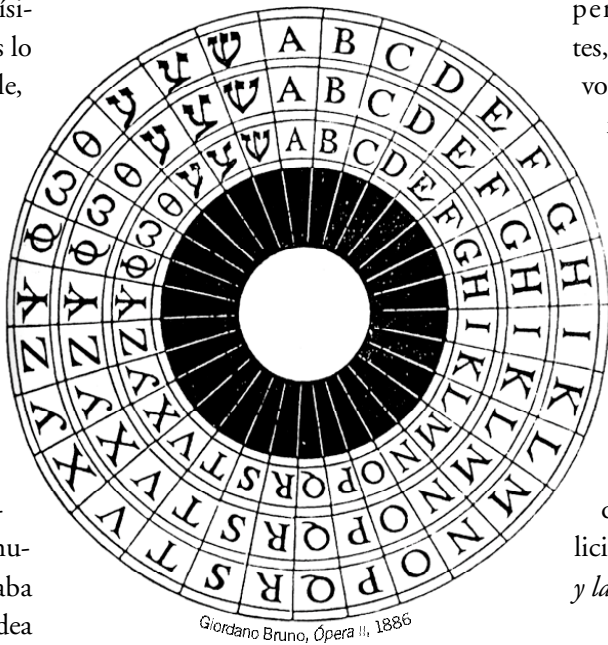


Infinito

Hugo Hiriart

Infinito no es algo muy grande, grandísimo, enorme, es más que eso, infinito es lo que no acaba *nunca*. Eso, lo interminable, no se puede representar, es decir, es inimaginable. Y amorfo. Y, por tanto, muy sospechoso. Desde antiguo, los griegos clásicos hallaron inmanejable la idea de lo que no termina, lo infinito, lo *apeiron* que decían los presocráticos, lo indefinido, lo ilimitado. ¿Qué hacer con este concepto? Sería mejor eliminarlo, si se pudiera, pero no se puede. Piénsese tan sólo en los números enteros naturales 1, 2, 3, ..., ¿dónde acaba esta numeración, esta serie? No, pues no acaba *nunca*. Lo mismo el espacio que nos rodea y el tiempo que nos constituye, ¿cuándo comenzaron y cuándo o dónde acaba? No, no se puede imaginar un límite, un final, porque en ese mismo momento que lo imaginamos lo transgredimos e imaginamos qué puede haber afuera de él (“imaginar un límite, decía Hegel, es imaginar cómo pasar ese límite”). Así por ejemplo, ¿cómo es el universo en que vivimos?, ¿tiene límite o no tiene, es ilimitado? Por más que el concepto de “Universo”, según Bertrand Russell es a veces pernicioso y convendría eliminarlo, no podemos darlo de baja, cómo lo haríamos, cómo podemos eliminarlo.

Por eso desde antiguo los humanos reflexionaron intensamente sobre la idea de infinito. El siempre lúcido Aristóteles distinguió entre infinito potencial e infinito actual, el primero es que surge como posibilidad de repetir indefinidamente una operación, por ejemplo, contar en la serie 1, 2, 3, ..., n , pero no se compromete a más que una operación que puede repetirse un número indeterminado de veces. En cuanto al infinito actual podemos dudar



de que exista o aun afirmar que no existe tal monstruo.

Wittgenstein sería de esta opinión, que el infinito real, actual, no existe, mientras que Gödel o Cantor serían de la opinión contraria.

Pocos asuntos más fascinantes que este del infinito. Nuestra Casa de Estudios dio a la estampa, no hace mucho, en 1997, un volumen sobre este tema, se trata de *El Problema del Infinito: Filosofía y Matemáticas*, ensayos compilados por Laura Benítez y mi viejo amigo José Antonio Robles. Muchos libros han publicado ellos dos, todos creo tenerlos y haberlos leído con gran deleite (son muchos y tal vez algunos se me hayan escapado). Este pequeño volumen no tiene desperdicio, contiene dos ensayos sobre el inquietante Nicole de Oresme, Obispo de Lisieux, uno, claro, sobre Giordano Bruno, heterodoxo pensador, mago y altísimo prosista. Tres sobre René Descartes, uno de ellos de Laura Benítez y el otro del gran ex-

perto cartesiano John Nottingham, Descartes, digo, siempre inteligente, quien sostuvo que el Universo es enorme e indeterminado, pero no infinito, pues este atributo sólo le corresponde a Dios. Carmen Silva y John Rogers se ocupan de la concepción del infinito de John Locke, que Leibniz, tratado por Alejandro Herrera Ibáñez, intentará refinar o refutar después, en los *Nuevos Ensayos*. Robles desarrolla el tema *George Berkeley: sobre la inmensidad de Dios y la divisibilidad al infinito*, que sin duda domina a juzgar por su delicioso e impecable libro anterior *Berkeley y la Matemática*.

Le corresponde a Luis Felipe Segura exponer lo que se ha avanzado en el entendimiento del infinito, esto es, el enfoque matemático del problema, con nombres como Bolzano, Frege, Russell o el gran Cantor que caminó con las botas de siete leguas en el complejo asunto al fundar la teoría de conjuntos. Esta disciplina llamada por Hilbert “un paraíso matemático”, es relativamente sencilla, quiero decir al alcance de cualquier inteligencia, encerraba sus serpientes, como siempre sucede, serpientes paradójicas en este caso.

En el libro de Robles y Benítez, como es común en filosofía, el deleite está en los hermosos problemas formulados y en cómo las grandes mentes de los pensadores aventuraron diferentes maneras de atacarlos. Los problemas no envejecen nunca, puede no estar de moda o corresponder a una manera anticuada de pensar, por ejemplo, considerar si Dios puede ser infinitamente extenso, pero en tanto es problema y sigue siendo un reto para la mente y, por tanto, un estímulo para la reflexión. Y ¿puede haber algo que agradezcamos más que algo que nos dé en qué pensar? **U**